

Jacques Imberetsh

¡Que suerte haberle conocido! Y...Que pena haberle perdido!

Porque fué el homeópata con más lucidez, genio y figura que nos sacó de los limbos de la homeopatía acomplejada y corta de vista, hacia la homeopatía de pleno derecho y mayor de edad. Orgulloso de sí mismo, y en el fondo, mucho más orgulloso de nosotros mismos, de ver que el camino seguía y su estímulo fructificaba. Nunca se daba por vencido y nos alentaba a luchar en las trincheras de la consulta médico-paciente, con pasión, mientras perfeccionábamos la maravillosa herramienta de la Homeopatía: “primero han de ser aprendices, y el Repertorio se lo sabrán de memoria; después serán artesanos, y con los años, a lo mejor acaban siendo maestros”. O sea, no quieran hacerse el sabio antes de tiempo porque se les ve el truco. A trabajar duro, ¡pendejos!

Fue un padre que nos reñía y casi nos insultaba con tal afecto que, a parte de la vergüenza, sólo podíamos acabar riéndonos y cogiéndole cariño. Su compañía y su enseñanza era una fiesta pero que muy seria, que nos re colocaba a cada uno en su sitio. Nos desenmascaraba en las apariencias y nos obligaba a sacar el auténtico yo.

Aprendió el castellano en Sudamérica, ya enseñando y defendiendo la Homeopatía, y se le notaba el acento que le otorgaba esa gracia especial en las conversaciones, pues dominaba el argot a la perfección.

Fue el gran impulsor del renacimiento de la homeopatía en España a finales del s.XX (desde ya antes de los 80), y nos acogió, enseñó, estimuló y prendió la mecha de nuestra pasión, en los grupos de Homeopatía Europea, entrenándonos al trabajo bien hecho. Allí él, nos transportó desde la adolescencia homeopática hasta hacernos mayores con él, su lado.

Luchador internacional en pos del respeto y el reconocimiento a la Homeopatía, le debemos nuestro mayor reconocimiento por esa labor y nunca dejaremos de recordarle con un inmenso afecto.